

DICHARACHA
NATALIA AFONSO

—Este Monte está lleno de ánimas, de muertos en vida, como usted lo oye. Ese gemir que se siente no son los lobos, créame usted, son las almas que se quejan todas las noches, los pobres que murieron a destiempo, los que marcharon con remordimiento o pena, o los que dejaron algo sin resolver. El grito agudo que escucha no es una urraca, es el llanto de un bebé, el de la Chunga. A la Chunga le pusieron Chunga por que nació así, changada, ya sabe, medio boba, tenía la cara de luna y los ojos de lechuza, y era torpe para aprender cualquier cosa. Doña Gema hubo de sacarla sola adelante, al señor Don Ramón Limia ya le conocen todos, que los dedos se le hacen huéspedes, bueno, no siempre, cuando hay moza fresca que tocar, entonces los inquilinos salen de paseo, y si es hora de sentarse a la mesa, los huéspedes van de fiesta y bailan hasta que no queda nada que llevarse al boca. De su padre debió heredar la Chunga su libido, lo mismo que el apetito. Que fue muy afectuosa desde chica, y aunque lenta, siempre había mozo disponible, que con sus abrazos y besos se la levantaba

rápido a los aldeanos y también a otros. Hace seis años, cuando la Chunga tenía catorce, cayó en estado, a nadie sorprendió, a veces se la ve caminar sola, casi bailando, con una sonrisa burlona que le cruza la cara, ebria de lujuria y estupidez, entonces se para junto a uno, se separa la blusa y es difícil apartar la mirada de esos pechos blancos y blandos que le cuelgan, que todos los hemos visto alguna vez, y otras veces lo de la entropierna, que también le da por levantarse las faldas y nunca lleva nada debajo. Del embarazo de la Chunga se enteró el pueblo cuando la moza estaba ya de siete meses, tampoco doña Gema lo supo antes, al bebé, que nació niña le llamaron Gema como la abuela, que la cuidaba con mucha dedicación, no es de extrañar, Gemita era una monada, un fililí, como decía mi señor padre, autentico primor, tan graciosa que enseguida se ganó a todo el pueblo, la Chunga parece ser que también se daba buena maña con su hija. Una mañana Gema salió a vender al mercado dejando a Gemita al cuidado de la Chunga y de Don Ramón.

—Cuando la moza baje a dar la comida a los animales quédate tú con la niña, no la vayas a dejar sola ni un minutito que aún está muy chica —le dijo doña Gema a Don Ramón.

Pero a este unas faldas lo llamaron y sin mas les fue detrás. La Chunga bajó a la cuadra con la comida de los cerdos, los conejos y las gallinas, a Gemita la dejó en un rinconcito dentro de su canasto, dio su pienso a las pitas y dando su ración a los conejos vio a un macho y una hembra que andaban muy ocupados y a la

Chunga se le fue el santo y le subió el calentón, no sabemos dónde ni como aprendió a tocarse, pero parece ser que se aliviaba sola, cuando perdió el sentido ya del todo. Esta gente lo que hace lo hace sin control, cuando come no para hasta caer mala y ese día se sabe bien lo que hacía porque siguió y siguió hasta irritarse en sobremanera sus partes. Anduvo así toda la mañana por el monte y cuando doña Gema regresó no la encontró en casa, buscó más que nada a Gemita, aunque como Ramón tampoco estaba pensó que igual la sacara a pasear y se acercó a las cuadras, al ver la comida de los marranos se preocupó por los pobres animales así que entro a satisfacerlos, pero los gorrinos estaban tumbados hartos hasta la saciedad, doña Gema quedó sorprendida, luego vio la sangre, siguió su rastro con la mirada y poco después el cuco y las sábanas medio devorados, sintió horror y nauseas, cayó desmayada, no es de extrañar, que la muerte de Gemita fue tan terrible como lo del muerto embutido que apareció ayer noche, que jamás vi ni oí nada semejante. Doña Gema de que los marranos se la zamparan como a la nieta se libró porque con esta ya quedaron llenos por un buen rato, cuando volvió en si había perdido la razón, no era para menos, con la escopeta de caza de Don Ramón mató a los tres gorrinos y salió a buscar a su marido y a su hija. Los del pueblo la pararon antes, pero doña Gema sufrió tanto que nunca perdonó, a la Chunga le dio una paliza que la tuvo en cama siete días, desde entonces lleva ocho años conviviendo con Don Ramón en el más absoluto régimen de castidad. Gemita, como murió cuando no

debía, se quedó sola en el monte, allí vive entre los pinares, hija de los sauces y castaños, y de vez en cuando chilla, el viento nos acerca sus lamentos, se la escucha entre las ramas de los árboles, que se va a hacer, usted no se preocupe, ya sabe, los niños lloran siempre y Gemita está muy chica todavía, suerte que tiene a Lucas Salgado, que murió asesinado y se encarga de cuidarla, que sino Gemita capaz era de llorar todo el día, que lo poco que vivió ya demostró tener buen timbre de voz.

Cirilo Reigada cuando empieza a hablar se queda solo.

Desde aquello son pocos los que hablan a doña Gema y a Don Ramón, todos les desprecian. Hay gentes que se creen superiores a uno, finchados, engreídos, que pasan por tu lado con la cabeza alzada, arrasando, como si no lo vieran a uno, o te miran con desprecio y altivez por encima del hombro, y hasta puedes escuchar como se mofan, si osas, o teas de soslayo y hasta con pudor como si verdaderamente fueses inferior. Unos son así por el dinero, la cochina plata, creen que porque tienen más valen más, ya se sabe, tanto tienes tanto vales, luego va uno a su sepelio y no encuentra otros que herederos, aunque a veces ni esos, que el testamento esta ya escrito y firmado y lo que diga va a misa. O encuentras al difunto rodeado de todos, los que solo van a dejarse ver, a alternar, como el que va a una fiesta, para que

luego no se diga, no vaya a echarles nadie en falta la ausencia, porque para rebajar a otros ya están allí ellos. Al entierro del muerto de ayer habrá que ver quien va; como no se sabe quién es, ni se parece a ningún conocido, ni por aquí parece faltar nadie. Al padre Cipriano los de la investigación policial, que vinieron de Santiago, le han dicho que de momento dé una misa en su memoria y se olvide de enterrarlo, a ver si por lo menos el señor Alcalde se presenta en la comedia funeraria, de momento el y sus compinches de la "Jet" han hecho declaraciones a la prensa, tan apenados como si se tratara de su propio hijo, pero cuando le llegó la hora a mi padre, ni se preocuparon de pisar el campo santo, claro que aún menos cuando la cochina droga se cobró la vida del Chusco Montoya, o la de Indalecio Castelao, ahí sí que no se dieron ni por aludidos, en vez de hacer frente a la situación y luchar contra esa peste, que va, el trabajo se lo dejan a la pobre doña Ana, mientras, ellos regodeándose en su soberbia, como el cerdo en su propia mierda.